

Mirabeau fué realmente culpable.

Aunque resulte doloroso, hay que convenir en que fué justa la expulsión de sus restos del Panteón.

La Asamblea tuvo razón en enterrar allí al hombre intrépido que fué su primer órgano, la voz misma de la libertad.

La Convención tuvo razón para arrojar fuera del templo al hombre corrompido, ambicioso y débil de corazón, que hubiera preferido á la patria los intereses de una mujer y su propia grandeza.

Fué en un triste día de otoño, en ese trágico año de 1794, en que la Francia había acabado por exterminarse ella misma, cuando cansada de matar á los vivos se dedicó á matar á los muertos, y arrancó del Panteón de los grandes hombres al más glorioso de sus hijos. Francia mostró una alegría salvaje en este acto. El hombre de ley, encargado de esta odiosa ceremonia, se expresa así en el expediente, informe bárbaro que da una idea extraña de la época:

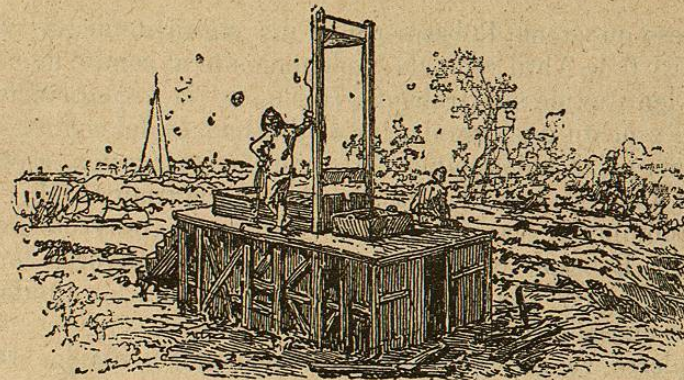
«El cortejo de la fiesta se detuvo en la plaza del Panteón, y uno de los ciudadanos hujeres de la Convención avanzó hasta la puerta del citado Panteón y dió lectura al decreto arrojando de allí los restos de Honorato Riqueti Mirabeau, que inmediatamente fueron sacados en un ataúd de madera fuera del recinto de dicho templo y conducidos al lugar ordinario de las sepulturas...» Este lugar no era otro que Clamart, el cementerio de los ajusticiados, en el arrabal de San Marcelo. El entierro se verificó durante la noche sin ninguna ceremonia.

Escribo esto en 1847. Ha pasado medio siglo y Mirabeau permanece todavía enterrado entre los ajusticiados.

Yo no creo en la legitimidad de las penas eternas. Bastantes son para ese infeliz grande hombre cincuenta años de expiación. La Francia (no hay que dudarlo) cuando lleguen para ella días mejores irá á buscarle en la tierra y le volverá al sitio donde debe quedar (1) en el Panteón. El orador de la Revolución á los pies de los creadores de la Revolución, Descartes, Rousseau y Voltaire. La expulsión fué meritoria; pero el retorno es justo también.

¿Por qué negarle esta sepultura material cuando tiene una moral y eterna en el recuerdo de agradecimiento que le tributa el corazón de la Francia?

(1) Francia ha sido sorda á la voz generosa de Michelet, cuya bondad le hizo cerrar los ojos ante los defectos de Mirabeau, viendo sólo sus cívicas virtudes. Han pasado más de cien años y el cadáver de Mirabeau no ha vuelto al Panteón. (N. del T.)



## CAPITULO XI

### Intolerancia de los dos partidos.—Progreso de Robespierre

La Asamblea, por una proposición de Robespierre, acuerda que los diputados no puedan ser ministros ni reelegidos.—Robespierre hereda el crédito de los Lameth entre los Jacobinos.—Los Lameth consejeros de la corte.—No hablan ni contra la limitación de la Guardia Nacional ni en defensa de los clubs.—Lucha de Duport y Robespierre.—Los dos hablan contra la pena de muerte.—La lucha religiosa estalla al aproximarse las Pascuas.—El rey hace constar públicamente su cautividad.—Intolerancia eclesiástica, especialmente contra los que abandonan los conventos.—Intolerancia jacobina contra el culto de los refractarios.—Carta del Papa quemada.—La Asamblea acuerda para los restos de Voltaire los honores del Panteón.

El 7 de Abril, cinco días después de la muerte de Mirabeau, Robespierre propuso é hizo decretar que ningún miembro de la Asamblea pudiera ser ministro hasta cuatro años después de haber dejado de ser diputado.

Ningún diputado importante se atrevió á combatir este proyecto. Ninguna reclamación de los redactores ordinarios de la Constitución (Thouret, Chapelier, etc.), ninguno de los agitadores de la izquierda (Duport, Lameth, Barnave, etc.) Todos ellos se dejaron arrebatar, sin decir una palabra, el fruto que podían haber recogido de la muerte de Mirabeau. La entrada al poder, que parecía abrirse para ellos, les fué cerrada para siempre.

Cinco semanas después, el 16 de Mayo, Robespierre propuso é hizo decretar que los miembros de la Asamblea actual no podrían ser reelegidos en la próxima legislatura.

Por dos veces la Asamblea Constituyente votó por aclamación contra ella misma.

Y las dos veces por la iniciativa del diputado menos agradable de la Asamblea, de aquel á quien había rehusado invariablemente todas las proposiciones.

Se había verificado un gran cambio que es preciso explicar.

Lo que ante todo llamaba la atención era el tono nuevo, audaz y



casi imperioso que tomó Robespierre al día siguiente de la muerte de Mirabeau. El 6 de Abril reprochó violentamente al comité de Constitución por la lentitud de sus trabajos. Habló de «la repugnancia que le inspiraba el espíritu que presidía las deliberaciones del comité.» Y terminó con esta palabra dogmática: «He aquí *la instrucción* esencial que yo presento á la Asamblea.» Y la Asamblea no murmuró. Muy al contrario, acordó que al día siguiente presentase su proyecto de ley, y el 7 de Abril, Robespierre, apoyado en una fuerte mayoría, formuló la proposición de que el ministerio quedase cerrado para los diputados durante cuatro años.

Robespierre ya no era el hombre vacilante y tímido. Había tomado autoridad al desaparecer Mirabeau. Esta autoridad se percibió el 16 de Mayo, cuando desarrolló con una gravedad elocuente la tesis de moral política de que el legislador debe considerar un deber confundirse terminadas sus funciones con la masa de sus conciudadanos, evitando hasta sus muestras de reconocimiento.

La Asamblea, fatigada de su comité de Constitución, de un deceunvirato que pasaba su vida siempre hablando y siempre legislando, oyó de buen grado á Robespierre exponer un pensamiento justo y verdadero resumido en estas palabras:

«La Constitución no ha salido de la cabeza de este ó aquel orador, sino *del seno de la opinión que nos ha precedido* y nos ha sostenido. Después de dos años de trabajos que parecen superiores á las fuerzas humanas, sólo nos resta dar á nuestros sucesores un ejemplo de indiferencia por nuestro inmenso poder y por todo otro interés que no sea el bien público. Impidamos el ser reelegidos; que vengan aquí elementos nuevos y vayamos á nuestras provincias á respirar el aire de la igualdad.»

Y añadió estas frases imperiosas, impacientes: «Me parece que por el honor de los principios que sostiene la Asamblea, esta moción debe decretarse hoy mismo.»

Lejos de sentirse herida la Asamblea por tales palabras, aplaudió, ordenó la impresión del discurso y quiso votar inmediatamente. En vano Chapelier pidió la palabra. La proposición de Robespierre fué votada y aprobada casi por unanimidad.

El panegirista habitual de Robespierre, Camilo Desmoulins, dijo con razón que él consideraba este decreto como un golpe de maestro. «Ha sabido aprovecharse del amor propio de la gran mayoría de la Asamblea, que sabiendo con certeza que no sería reelegible ha aprovechado ávidamente esta ocasión para nivelarse con los honorables miembros que podían ser reelegidos. Vuestro hombre ha calculado muy bien, etc.»

Lo que Robespierre había calculado bien y Desmoulins no se atrevió á decir, es que para los dos extremos de la Cámara, Jacobinos y aristócratas, el enemigo común que había que destruir era la Constitu-

ción y los constitucionales, padres y defensores de este hijo falto de vida.

Pero Robespierre era un hombre demasiado político para creer que se lanzara á formular su proposición sin otra base que el conocimiento de la debilidad humana. Cuando se le ve hablar con tanta fuerza, con tanta autoridad y certeza, no se puede dudar de que él estaba previamente instruido del apoyo que su proposición encontraría en el lado derecho de la Cámara. Los curas, por los cuales había avanzado mucho y hasta se había comprometido en su defensa el 12 de Marzo, le informaron indudablemente sobre el pensamiento de su partido.

Por otra parte, si la voz de Robespierre parece agrandarse por momentos, es porque ya no resulta la voz de un hombre; un gran pueblo habla por su boca; el pueblo que forma en todas las sociedades jacobinas.

Hemos visto el club de los Jacobinos de París fundado por los diputados: en Octubre del 89 eran cuatrocientos; en 28 de Febrero del 91, el día en que Mirabeau fué derribado por los Lameth, ya no eran más que 150. ¿Quién domina ahora en los Jacobinos? Los que no han sido todavía diputados y quieren serlo; los que desean que la Asamblea Constituyente no pueda ser reelegida.

Este es el pensamiento de los Jacobinos y Robespierre quien manifiesta sus deseos y defiende sus intereses: él es el órgano de la sociedad. Habla para los Jacobinos y ellos le sostienen, ellos llenan las tribunas de la Asamblea para aplaudirle. Esta *asamblea superior*, como ya la apellidé antes, comienza á pesar desde arriba de las tribunas sobre la Asamblea Constituyente, asfixiándola. No en vano la Asamblea aspira al reposo: sus razones tiene para ello. Con mucha frecuencia las tribunas intervienen en los debates, mezclan sus palabras en los discursos de los oradores, los corean con aplausos y silbidos. En la cuestión de las colonias, por ejemplo, un defensor de los colonos fué silbado y llenado de ultrajes.

La historia interior de la sociedad jacobina es infinitamente difícil de penetrar.

Su pretendido periódico, dirigido por Laclos, lejos de hacer la luz, obscurece los actos de la sociedad. Lo único que es visible es que de las dos fracciones primitivas de la sociedad, la fracción orleanista estaba cada vez más en baja, desacreditada por la avidez de su jefe en el asunto de los cuatro millones y por la polémica republicana que Brissot y otros dirigían contra él. La otra fracción, dirigida por Duport, Barnave y Lameth, parece igualmente cansada y enervada: al herir de muerte á Mirabeau en la noche del 28 de Febrero esta fracción parece haber caído extenuada. En Marzo aún se agita en el violento motín con que los Jacobinos mataron el Club de los monárquicos á pedradas y bastonazos. Lo que en general puede decirse de estos triunviros es que su triste renombre de intrigas y violencias y los rumores siniestros aun-



que injustos que corrían sobre ellos con ocasión de la muerte de Mirabeau, condujeron á los Jacobinos á seguir con preferencia á un hombre de conciencia limpia como Robespierre, pobre, austero y de antecedentes intachables.

La escena ocurrida en el entierro de Mirabeau y observada por todos, Lameth del brazo de Sieyes, cubierto por él de las suposiciones públicas, un jacobino protegido delante del pueblo por el impopular abate, era suficiente para hacer reflexionar á la sociedad jacobina. Ella abandonó á los Lameth, entregándose en cuerpo y alma á Robespierre.

Nada contribuyó á acelerar la ruina de tales hombres como su opinión antiliberal sobre los derechos de los negros. Los Lameth tenían plantaciones en las colonias y muchos esclavos. Barnave habló con mucho entusiasmo en favor de los plantadores y en contra de los hombres de color.

La Asamblea, indecisa entre el derecho que indudablemente tenían los esclavos para ser libres y el miedo á excitar una revolución en las colonias, declaró en un extraño decreto: «Que ella no deliberaría jamás sobre el estado de las personas nacidas de padres y madres que no fuesen libres mientras no lo pidiesen las colonias.» Como esta petición no se formularía jamás por parte de los dueños de esclavos, equivalía á declarar que jamás deliberaría sobre la esclavitud de los negros. Los propietarios de las colonias, agradecidos á Barnave por su defensa, quisieron elevarle una estatua, como si ya hubiera muerto: tal vez no se equivocaban en esto.

Aparte de estos asuntos, una influencia oculta contribuía á neutralizar á los Lameth.

Poco después de haber muerto Mirabeau, cuando muchas gentes les acusaban de haberle envenenado, una mañana á primera hora anunciaron á Alejandro de Lameth, que estaba todavía en la cama, la visita de un hombrecillo de humilde aspecto que quería hablarle. Lameth le hizo entrar en su dormitorio. Era Mr. de Montmorin, ministro de Negocios extranjeros. El ministro se sentó junto á su cama y le hizo su confesión. Comenzó hablando mal de Mirabeau, único medio de complacer á Lameth; reprochó á éste la mala vida que llevaba y habló de las grandes sumas que gastaba la corte para penetrar los secretos de los Jacobinos. «Todas las noches—dijo el ministro—tengo copia de las cartas que el club recibe de provincias y se las leo al rey, el cual admira mucho la sabiduría de vuestras respuestas.» No se necesitaba más para halagar la vanidad de aquel hombre. La conclusión de la entrevista fué que Lameth sucedió á Mirabeau como uno de los consejeros secretos de la corte: Barnave lo fué también desde el mes de Diciembre.

La Asamblea el 28 de Abril dió un paso comprometedor al decidir que sólo los ciudadanos activos pudieran ser guardias nacionales. Robespierre reclamó contra esta decisión. Duport y Barnave guardaron silencio; Carlos de Lameth sólo habló por un incidente.

La verdadera piedra de toque, la prueba mortal, fué la defensa de los clubs, atacados solemnemente ante la Asamblea por el departamento de París; la defensa del derecho que tenían las asambleas populares en general, las secciones y libres asociaciones para hacer peticiones colectivas y anunciar sus acuerdos. Chapelier propuso una ley que les quitaba este derecho, declarando que si no se aprobaba esta ley los clubs serían corporaciones en extremo formidables.

Robespierre y Petion defendieron á los clubs con gran energía. Duport, Barnave y Lameth, los fundadores de los Jacobinos y sus directores por tanto tiempo, ¿no hablarían igualmente? Todo el mundo esperaba... Pero no; profundo silencio. Visiblemente ellos abdicaban de su pasado.

Robespierre les había lanzado una frase que sin duda contribuyó á quitarles toda tentación de tomar la palabra. «Yo no excito nunca á la revuelta—dijo.—Si alguno desea acusarme yo quisiera que antes pusiera todas sus acciones en paralelo con las mías.» Esto equivalía á desafiar á los antiguos perturbadores, impidiéndoles que hablasen de paz.

En la cuestión de que los diputados no fuesen reelegibles, Duport dejó á la Asamblea votar contra ella misma; pero al día siguiente, cuando no se podía ya ocupar más que sobre si en las legislaturas siguientes los diputados podrían ser reelegidos, salió de su silencio. Parecía que deseaba de una vez soltar todo lo que había en él de amarguras y dudas sobre el porvenir. Este discurso, lleno de ideas elevadas, fuertes y proféticas, tuvo el defecto más grave que puede tener un discurso político: reveló tristeza y desaliento. Duport declaró que si se daba un paso más el gobierno no existiría ya, y caso de renacer, sería para concentrarse en el poder ejecutivo. «Los hombres—dijo—no quieren obedecer á los antiguos déspotas; pero quieren crearlos nuevos, en los cuales el poder, por ser popular, resultará mil veces más peligroso. La libertad será entendida como un individualismo egoísta, y la igualdad por medio de una nivelación progresiva llegará hasta el reparto de las tierras. Se tiende visiblemente á cambiar la forma de gobierno, sin prever que para ello habrá que anegar antes en su sangre á los últimos partidarios del trono.» Para designar especialmente á Robespierre acusó el sistema de ciertos hombres que se contentan siempre con hablar de principios y altas generalidades sin descender á los medios prácticos, con lo cual se libran de toda responsabilidad. Hombres que ejercen á todas horas de profesores de derecho natural.

Duport en su larga peroración partió de una idea inexacta que repitió por dos veces. «La Revolución está hecha.» Esta frase destruía todo su discurso. La inquietud universal, la convicción de que aún quedaban obstáculos infinitos que vencer, la insuficiencia de las reformas, todo esto hacía nacer en los espíritus una refutación muda pero enérgica de tal aserción.

Robespierre podía haberse aprovechado de esta afirmación peligrosa